

Asunto de Estado

CONTRA la opinión de las dos principales centrales sindicales, contra el dictamen de las autoridades competentes, que han considerado ilegal la declaración de huelga, y, por supuesto, contra el interés general de los barceloneses, una parte de los empleados de gasolineras se ha propuesto cortarnos el suministro de combustibles a partir de hoy. Al parecer, no será tal como habían calculado los promotores del paro. El Gobierno y la Campsa han adoptado medidas de protección y de abastecimiento con las que se espera neutralizar los efectos de la anunciada huelga.

En todo sector tan vital como este de los servicios públicos que, por definición, no admiten interrupciones, los planteamientos laborales son susceptibles de originar problemas demasiado serios, que afectan a la población en su conjunto, para que no se arbitren medidas de emergencia. La irresponsabilidad o un desproporcionado afán de protagonismo conducen a veces a decisiones que hacen caso omiso de los perjuicios que pueden producir injustamente, y que por eso mismo son intolerables. El público no tiene por qué padecer las consecuencias de pleitos de esta naturaleza: Debe estar servido. El funcionamiento de la distribución de carburante no puede, de ningún modo, quedar al único arbitrio de una asamblea sindical más o menos representativa. Es asunto de Estado. Por eso mismo, e interpretando el sentir colectivo de la provincia de Barcelona, celebraremos que las soluciones previstas resulten eficaces y que los trabajadores afectados, convencidos de que no está en su derecho impedir el sustancial abastecimiento energético del transporte público y privado, tratarán de llegar a acuerdos satisfactorios por cauces más racionales y menos perturbadores para el desenvolvimiento de la vida ciudadana.

Fomentar el ahorro

CIERTAMENTE, ya ha pasado el tiempo en que mantener el dinero improductivo en una caja fuerte era considerado como un exponente de la virtud previsora de cara al futuro. Hoy en día, ahorro e inversión están indisolublemente unidos y su crecimiento constituye un elemento imprescindible en un proceso de recuperación mínimamente duradero.

Una de las críticas más fundamentales al programa de Saneamiento y Reforma que se plasmó en los acuerdos de la Moncloa y en ciertos aspectos de la reforma fiscal fue la acusación de que no fomentaban el ahorro. Sin embargo, es preciso reconocer que detrás de toda política anti-inflacionaria existe el espíritu de mantener el poder adquisitivo de la moneda y, en definitiva, primar el ahorro.

Una medida frecuentemente utilizada en las economías occidentales para estimular el consumo y el ahorro y relanzar la actividad es la reducción de impuestos. Obviamente, en un país como el nuestro, en el que se ha intentado prácticamente partir de cero en materia fiscal y en el que la tasa de inflación no da pie para excesivas alegrías, ni siquiera se ha contemplado la posibilidad de acudir a este tipo de medidas. Por el contrario, los primeros pasos de la reforma fiscal han puesto el énfasis en la recaudación.

Pero el abanico de medidas de fomento del ahorro es mucho más amplio. El sector de seguros españoles no tiene ni con mucho la capacidad de absorción de ahorro que se registra en otros países europeos y, sobre todo, en Estados Unidos; las emisiones de deuda pública se han producido esporádicamente y sin una política consecuente; por último, no se han estudiado suficientemente las posibles transferencias de fondos a la inversión productiva en coordinación con la política de rentas y salarios.

En resumidas cuentas, el tema del fomento del ahorro ha sido insuficientemente tratado en los últimos tiempos y reclama una política activa por parte del Gobierno, oposición, centrales sindicales y organizaciones empresariales en el marco de las próximas negociaciones que dicten las líneas de acción para nuestra política económica a corto y a medio plazo.

Ser o no ser

La anécdota política de Ignazio Silone

La reciente desaparición de Ignazio Silone ha provocado la habitual literatura necrológica, aunque no tanta como él se merecía. Ni tanta ni tan laudatoria. Ciertamente, Silone no fue un novelista de primera fila, e incluso su sitio en las letras italianas quedó quizá bastante oscurecido por el boom del ya medio olvidado «neorealismo» de la generación o las generaciones posteriores. Sin embargo, nadie sabría negarle su rango de «buen escritor», de esos que no entran muchos en libros, como suele decirse. Y, además, escribió «Fontamara», uno de los más emocionantes relatos antifascistas que dio de sí la Europa de los años 30. Ignoro qué espacio, qué atención o qué admiración le habrá dedicado estos días la prensa italiana. Aquí, salvo el artículo de Juan Ramón Masoliver y media docena de notas más, los periódicos se han limitado a la gaceta maquina y una foto de agencia. Desde luego, para nosotros, literalmente, Italia suele quedar muy lejos, y no sé por qué: la geografía, la historia y los idiomas tendrían que habernos familiarizado hondamente a unos con otros, con sus fuertes afinidades y entrecruzamientos. No ocurre así. ¿Qué le vamos a hacer!

Me pregunto, con todo, si esa glacial, y probablemente universal, indiferencia con que ha sido recibida la noticia de la muerte de Silone, no habrá tenido otros motivos. Motivos políticos, en particular. Y no de ahora. El «caso Silone» apenas dirá nada a los lectores actuales, jóvenes y no tan jóvenes. Los ya talluditos ¿todavía se acuerdan? Fue un episodio nada insolito, por lo demás. Ignazio Silone es uno de aquellos intelectuales del área burguesa que, durante la «década rosa», o desde antes, giró en torno a la «mística» del Comunismo. Los nombres a recordar serían muchos e ilustres: Gide, Rolland, Spender, Malraux, Koestler, Dos Passos, Guehenno, Auden, Barbusse, Eluard, Aragon, Brecht... La mayoría de ellos no llegaron a militar expresamente en el correspondiente partido, y acabaron abandonando su entusiasmo de «compañeros de camino»: «de viaje», exactamente. Pero Silone tenía su carnet en el bolsillo, ocupó cargos importantes en el PCI clandestino y hasta figuró en las altas plantillas de la Internacional, junto a Palmiro Togliatti. Su «deserción» fue sonada.

No sostendré que el difunto Silone sea, hoy, víctima de la conspiración del silencio de sus ex camaradas. Ni lo creo. Lo curioso, por el contrario, es el desinterés que parecen demostrar los otros: los anticomunistas. La maniobra de los peces occidentales, y del mismo Moscú, por atraerse la adhesión o la simpatía de los Gide, los Malraux, los Spender y «tutti quanti», fue un grave error táctico, que desembocó en un fracaso espectacular y, desde luego, contraproducente. ¿Qué diablos, por

ejemplo, hacia un André Gide, encarnación de la más «putrefacta» cultura burguesa, en la comparsa propagandística de Stalin? Y como él, casi todos los demás. Gide ni siquiera era marxista. Cabe dudar de que llegase a tener una idea medianamente clara acerca del marxismo. Quienes quisieron «aprovecharlo» —aprovechar su prestigio— se equivocaron de medio a medio, y en el pecado llevaron la penitencia. Gide publicó su «Retour de l'URSS», que, aun no siendo un papel resueltamente hostil, sólo sirvió de propaganda antisoviética. Nadie que conociese ligeramente la obra de este inquietante individuo podía haber esperado otro resultado. Y no fue Gide el único, por desgracia. El «desengaño» de esta gente se convirtió enseguida en fobia rotunda. De sus subproductos directos o indirectos todavía se alimentaban hasta anteaer revistas como «Preuves», «Cuadernos», «Encounter» y «Tempo presente», peones de la guerra ideológica, con abundante colaboración de «tránsfugas».

Gide nunca fue marxista. Ni Malraux. Ni tampoco Ignazio Silone. Silone, si alguna vez leyó el catecismo del «Manifiesto», ni se enteró del argumento. ¿Cómo, pues, pudo sentarse con Togliatti en las sesiones más solemnes de la Internacional? El mecanismo fallaba por algún lado. Como, a otro nivel y sin tantos riesgos, en la peripetia personal, artística y doctrinal de Pier Paolo Pasolini. ¿Perpetuaba Pasolini al PCI? Se equivocó él al afiliarse y los demás al aceptarle. Con la invención reciente del «eurocomunismo» quizá los enfoques cambien, aunque yo no daría un centavo por el resultado. Ser marxista —serlo de veras— no es tan fácil, cuando se rebasa la frontera elemental de «la fe del carbonero». Silone no lo fue. Era, en el fondo, algo muy distinto: un cristiano sin fe —sin «la fe del carbonero»—, que confundía la caridad con la sociedad sin clases, la injusticia con el materialismo histórico, la reivindicación de los «cafoni» con la dictadura del proletariado. Se hizo un lío tremendo. Al separarse del PCI —a raíz del «affaire Trotski», si no recuerdo mal— descubrió, supongo, que su presunto marxismo no pasaba de ser la venerable ética cristiana llevada a extremos de ira patristica. Para estar en contra de la explotación del hombre por el hombre no hace falta ser marxista: basta con leer los Evangelios, o a Epicteto o a san Jerónimo. Las encíclicas papales constituyen un género literario ya muy diferente.

Vuelvo a aludir su «Fontamara». Cuando lo lei, me encantó: tanto que propuse a un editor traducirlo al catalán, y lo hice. Estos días he releído el relato de Silone. Es un precioso dato de la situación del campesinado inferior en la Italia mussoliniana: un dato más serio e informativo que el «Novecento» del

Bertolucci. Los «cafoni» de Silone, en su desolado desamparo, y salvando muchas distancias me colocaban ante la estafa que el franquismo supuso para nuestros territorios de estricteza miseria rural. «Fontamara» recoge la mezcla de grotesco y de trágico que la sociedad del «antiguo régimen» infligía a los inocentes de la miseria. Cuando los jerifaltes fascistas convocan a los destripaterrones de Fontamara a una concentración de ovaciones para los jerarcas, los fontamarenes, a falta de otra bandera, llevan el estandarte de la cofradía de San Roque y, puestos a cantar o a dar vivas, emiten voces igualmente desplazadas. Eso ocurrió, a medias, en la España de Franco. El gran esfuerzo de los tecnócratas del almirante Carrero consistió en extirpar la miseria ancestral. El neocapitalismo consumista no se proponía otra cosa: para vender la producción creciente hacía falta una clientela con capacidad de comprar. Había que crearla, la crearon a su modo, y sólo Dios sabe cómo acabará la historieta con la intrusión de la «crisis». Pero Silone se equivocaba al imaginar que el problema era ético, y su imaginación no alcanzaba a calcular que el neocapitalismo, ya escondido detrás de Mussolini, podría remediar la ancestral indigencia de Fontamara.

La Fontamara ficción de la novela, zona «real», ¿qué será a estas alturas? ¿Sobrevivió a la «razzia» que los camisas negras le aplicaron hace cincuenta años? Sólo tres supervivientes de la matanza hacen, a través del libro de Silone, que Fontamara sea para los italianos un topónimo emblemático. Pero el postfascismo democristiano, las multinacionales, la «Pacem in terris», Berlinguer, todos juntos en unión, podrían haber remozado la aldea, repoblándola, facilitándole energía eléctrica, un poco de agua para el riego, algún tractor. Es lo lógico, insisto. Tal como funciona la economía —y eso ya figura en el «Manifiesto» más o menos explícitamente— la clase dominante desea que la clase dominante viva mejor: desea que compre, y que compre mucho, comestibles, electrodomésticos, tebeos pornográficos, medicinas. Silone tardó en entenderlo, si lo entendió. Pasolini, instrumentista profesional del neocapitalismo cinematográfico, sí que lo sabía. Por eso se refugió en las egregias metáforas del «Decameron», de Chaucer, de las «Mil y una noches». Tampoco Pasolini fue marxista... ¿Quién es marxista hoy? No los políticos que dicen serlo y se excusan de serlo, y que tampoco lo son aunque se vean obligados a aguantar el tipo, ¿y proqué. En Italia tenían a Gramsci. ¿Aquí? Un amigo mío ha publicado hace semanas un libro que se titula brillantemente «Quo vadis, Tamames?» Me dispongo a leerlo.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

¡YA ESTAMOS HARTOS!

Señor Director: Soy un ciudadano, nada más. No he pertenecido, ni pertenezco, ni perteneceré a partido político alguno; he hecho y haré uso de mis derechos cívicos en toda ocasión según mi libre y propio albedrío, de acuerdo con mis convicciones y sin sentirme obligado por ideas impuestas por otros. Siempre me he sentido libre porque he procurado pensar con toda libertad e independencia. Respeto a los demás.

Por ello siento ahora necesidad de gritar, en nombre propio y en el de todos aquellos que deben pensar como yo: ESTAMOS HARTOS de tanta violencia y muerte.

ESTAMOS HARTOS de que los partidos políticos, según los casos, se conformen con notas de condena o condonación o bien organicen manifestaciones callejeras contribuyendo a crear o prolongar un clima de violencia.

Esto no es nada ni efectivo ni conveniente ni equívoco.

Si realmente pretenden y desean instaurar y ejercer esta soñada democracia que unos cuantos desean boicotear.

Si desean recuperar el margen de la credibilidad perdida.

Si son conscientes de que su actitud es suicida, ya que todos ellos también son víctimas.

Si quieren demostrar, de verdad, que están en contra de toda violencia, deben tratarla por igual venga de donde venga, y en cualquier circunstancia; por tanto, mientras no convengan a todos los ciudadanos a un acto cívico (no político), unitario, silencioso, sin banderas, sin presiones, en el que sólo exista una pancarta que refleje el deseo compartido por cualquier persona de bien: «Derecho a la vida para todos», continuaremos creyendo que los partidos políticos no tienen más interés que dominar, en lugar de servir, como debiera ser.

Ciudadano J. M. P.

PENSION JUBILATORIA PARA LOS NO INSCRITOS EN LA SEGURIDAD SOCIAL

Señor Director: Con frecuencia al problema planteado, en «Cartas de los Lectores», sobre «La pensión de una anciana de 72 años», le agradecería la publicación de la siguiente

nota aclaratoria. El vigente régimen de las pensiones jubilatorias comprende un doble sistema: el de los trabajadores afiliados al régimen de la Seguridad Social y el de los ancianos no inscritos, mayores de 70 años, carentes de medios económicos, que perciben, del Fondo Nacional de Asistencia Social, la suma de 3.000 pesetas mensuales con dos pagas extras de cuantía análoga. Esta duplicidad origina cierta confusión. Sin embargo, con respecto al derecho a la seguridad en favor de los ancianos del primer grupo, les corresponde, en justicia, percibir, por lo menos, una pensión suficiente para la vida, revalorizable y equivalente al 100 por cien del salario mínimo interprofesional.

El segundo grupo, debería éticamente, cobrar la suma de 6.000 pesetas mensuales, por analogía con el 50 por ciento de dicho salario mínimo, pues la justicia no es igualdad absoluta, sino proporción. Incluyéndose entre sus beneficiarios a las mujeres casadas, actualmente marginadas, juntamente con las ancianas solteras y viudas, con la deseable anticipación a los 65 años y la efectiva participación en las prestaciones sanitarias de la Seguridad Social.

En cuanto a la cuestión formulada por el comunicante, respecto al incremento de su pensión, es lógico y vitalmente presumible, que la modesta prestación de 3.000 pesetas al mes, sea, también, debidamente incrementada, en análoga forma a las demás pensiones jubilatorias, por razón de que todas ellas se encuentran, actualmente, incluidas en el sentido humanista de la S. S. e impulsadas por la apremiante homologación con la C.E.E., además de «la progresiva colaboración financiera del Estado» a dicho régimen de previsión y a la amplia protección a las personas de la tercera edad, establecida en el Texto Articulado de la Ley de la Seguridad Social.

Juan MON

DE NUEVO SOBRE LAS FIESTAS Y «PUENTES»

Señor Director: Ante la posible revisión de muchos temas de carácter religioso, creo es momento de plantearnos nuevamente el problema de las fiestas, casi todas religiosas, en días que no son domingos. Mucha gente parece no darse cuenta,

de buena o mala fe, que las fiestas en días laborales, incluso el patrón que tienen los pueblos y ciudades, responden a una época de economía agrícola ya superada y de creencias que no todos tienen actualmente. Esta mayoría es prácticamente atea y no sabe ni por qué hace fiesta (¿patrón de la ciudad? ¿Qué patrón? ¿Lunes de Pascua? ¿Qué Pascua? ¿Corpus? ¿Qué es el Corpus?, y así sucesivamente): lo único que le interesa es divertirse. Reconozcamos que no tiene sentido defender unas fiestas que sólo sirven para gandulear, para enlazar con los domingos y formar los «puentes» cada vez más largos y para hundir la economía del país. Firmemente considerada, resulta una situación ridícula y pintoresca.

Como posible solución, creo se conseguirá fácilmente del Vaticano el traslado de las fiestas actuales a los domingos más próximos. Por ejemplo: San José pasaría al tercer domingo de marzo; Santiago, el cuarto domingo de julio; el Pilar, el segundo domingo de octubre, etc., y lo mismo las fiestas locales y patrióticas. Lo ideal sería, incluso, no que continuaran en los mismos días que ahora, dejando de ser festivos, sino que estas fiestas pasaran a celebrarse el domingo que les correspondiera, olvidándonos del día en que se celebraban antes.

No nos engañemos ni soñemos con el paraíso perdido: hay que trabajar. Mientras en vez de trabajar, vayamos discutiendo problemas que nosotros mismos agradamos, se nos irán comiendo vivos los que en otros países trabajan en serio, como a los conejos de la fábula (¿serán galgos?, ¿serán podencos?). Y luego, de nada nos servirá mesarnos los cabellos por cretinos, o endilgarles la culpa a los masones.

Gabriel MUÑOZ

COMUNICACIONES INTERNACIONALES EN LAS CABINAS CALLEJERAS

Señor Director: Quisiera recomendar vivamente a sus lectores que adquieran cuanto antes acciones de la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE), pues dicha sociedad cuenta con uno de los negocios más saneados que existen, negocio consis-

tente en unos dispositivos estratégicamente situados, denominados cabinas telefónicas urbanas, interurbanas e internacionales, las cuales con el señuelo de que es posible hablar telefónicamente con alguien, inducen a los incautos a introducir monedas, que tragan vorazmente y sin que se consiga establecer la conversación (se interrumpe instantáneamente, uno de los interlocutores no oye al otro, etc.), con lo que el usuario sigue introduciendo monedas, esperando lograr la comunicación, lo que si algún afortunado consigue, ha importado una cantidad sustancialmente superior a la tarifa oficial para conferencias.

De momento sólo tiene un inconveniente el procedimiento: sólo funciona con monedas; cuando la CTNE consiga hacerlas funcionar con billetes de cinco mil pesetas, la rentabilidad puede alcanzar cotas insospechadas. Repito, inviertan ahora y no esperen más.

B. SIGALES

DE SENADOR, SENATRIZ

Señor Director:

Con la autoridad que le confiere a don Camilo José Cela sentarse en un sillón de la Real Academia Española de la Lengua, me entero que el femenino de senador debe ser senatriz. Ahora bien, me pregunto si esta aceptación constituye una excepción a la regla, como en el caso de actriz, o la regla será en adelante designar doctriz por doctora, cazatriz por cazadora, pescatriz por pescadora, conductriz por conductora y un largo etc.

Lo impensado de su afirmación me ha sumido en un mar de confusiones que por otra parte me gustaría puntualizar, por lo que le anticipo las gracias.

Sebastián BONET

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación — íntegra o condensada, según el espacio — las cartas breves, escritas a máquina que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas respecto a cartas recibidas.